

Debajo de los papayos

>Mariana de Jesús Díaz Vivanco*

—¿Qué dices? Que le vendiste una guanábana ¿A quién?

—A Isabel la Católica.

—¡Qué bruto eres Bernardino! Isabel la Católica tiene siglos que murió.

—No Julia, te juro que yo se la vendí, salió de su casa con una bata blanca y escogió la guanábana más grande.

—Te estoy diciendo que esa mujer está muerta, y no de ahora, desde hace mucho tiempo.

—Ay Julia, ¡Que ignorante eres! ¡Claro que era ella!

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque afuera de su casa había un letrero que decía su nombre: Isabel la Católica.

2

Cinzontle

Julia era mi abuela, Bernardino o el tío Berna, era su hermano dos años menor, por lo que ella se sentía con derecho a regañarlo a cada instante, y casi siempre tenía razón. Nacieron a finales del siglo XIX, cuando la mayoría de las familias trabajaban y vivían en el campo. Su padre, papacito, como siempre le llamamos, era un campesino bonachón. Decía mi abuela que por consentir tanto a sus hijos varones los convirtió en inútiles. Alto, delgado, apiñonado, en su juventud debió haber sido atractivo. Tenía el tipo de español (hasta en los malos olores), se fue a refugiar con mi abuela cuando su segunda esposa, como la primera, también lo corrierá de su casa. Lo recuerdo sentado en un sillón de la sala, puesto el sombrero de jipi, secándose las lágrimas con un paliacate rojo. Cuando le preguntaban si lloraba, decía que no, que la carnosidad le irritaba los ojos y para curársela se ponía gotas de limón. Todos trataban de consolarlo diciéndole que Sara, su esposa, recapacitaría, y al ver que no iba a poder sola con tantos hijos, volvería a buscarlo. Esto nunca sucedió. Comenzó su nueva vida y penosamente así la terminó, vendiendo en la calle, siempre cargados a lomo, limones, guanábanas o papayas que él mismo cortaba. Tuvo seis hijos, de los varones, uno entró lavando coches en una agencia de autos y llegó a ser gerente de la sucursal; dos regresaron al rancho, emprendieron negocios y en todos prosperaron. De las mujeres, a las tres les fue bien, ocuparon puestos ejecutivos en compañías importantes.

De su primer matrimonio tuvo una hija, que además de guapa era soprano, se casó con un hombre que tenía negocios y al poco tiempo de casados recibieron una considerable herencia. A fuerza de contar sus anécdotas, cargadas de ignorancia y terquedad hasta en las cosas más simples, casi a nadie inspiraba respeto. Familiares y conocidos se admiraban que los hijos le hubieran salido inteligentes y que sin su apoyo se procuraran una mejor vida.

* Mariana de Jesús Díaz Vivanco (Veracruz, Veracruz). Radica en Comalcalco y pertenece al taller literario de ese municipio, coordinado por Francisco Magaña.

Uno de ellos, le propuso establecerlo en un local, para que dejara de caminar tanto, y él se rehusó. Dijo que se moriría antes de tiempo si estaba encerrado, que prefería caminar y cargar, porque así tenía oportunidad de conocer gente, platicar con las señoras y enamorarlas. Casi no se bañaba ni se cambiaba de ropa. Iba los sábados desde el puerto de Veracruz, a bañarse al río de Loma Fina, su tierra natal, porque decía que esa agua sí refrescaba. Para llegar al río, viajaba en camión de segunda por hora y media hasta un rancho cercano a orilla de carretera, luego montaba un burro otros veinte minutos. Ya bañado, de nuevo al camión, donde el sopor era inducido por una gama de olores nauseabundos. Cuando tenía gripa, podía pasar un mes sin tocar el agua. Así se iba a su vendimia. Usaba una toalla para secarse las manos que parecía trapeador, la lavaban cada quince días o cada mes, igual que su ropa. Tengo también buenos recuerdos de él. A diario compraba tortillas para el desayuno, que siempre eran huevos revueltos con salsa roja, frijoles fritos, café con leche y pan, la excepción era picadas y gordas fritas. A mí me gusta mucho el pan y si no hubiera sido por él, no lo hubiera disfrutado, puesto que mi abuela era diabética y jamás compraba otra clase de pan que no fuera tostado.

Tanto él, mi abuela y mi mamá usaban prótesis dentales completas, pues como era costumbre en tiempos pasados, cuando una muela o diente dolía, se los extraían hasta quedar sin uno sólo y ya eran candidatos a usar placas de por vida. Debido a esto, nadie se preocupaba por la pasta dental, sólo él compraba la más pequeña de la marca Colgate, y la guardaba celosamente en la parte superior de un closet, junto con una bolsita de jareta, donde tenía su dinero. Yo me cepillaba los dientes con bicarbonato o no me los lavaba, pues me desagradaba el sabor, y para irme a la escuela, a veces tomaba de su pasta. En una ocasión se me olvidó devolverla a su lugar, cuando llegó y no la encontró, le gritaba a mi abuela: ¡Julia, dónde está mi “cólgate!” ¡Dónde está mi “cólgate!” De vez en cuando también le robaba algunas monedas, pienso que no se daba cuenta, nunca dijo nada.

Mi abuela lo consideraba enamoradizo, cuando pasaba alguna muchacha joven no tardaba en decirle piropos, aunque sabía que no se salvaría de la regañada por parte de su hermana. En ocasiones salía bañado, cambiado de ropa y perfumado. Algo tan inusual, que era evidencia de alguna cita amorosa. Yo no sabía el motivo, pero veía que tomaba huevos de pollo con vino jerez, y su hermana le decía que esas tonterías le podían causar daño. Luego supe que eran para recuperar virilidad. Una prima contrató a una muchacha para que ayudara en los quehaceres de la casa. Le decían “la mudita”, en realidad no lo era totalmente. Balbuceaba algunas palabras que había que adivinar, pues casi no se le entendía. Desde luego, el tío Berna no perdía oportunidad de enamorarla, y ella sólo se reía. Un día fuimos a la playa, y él se bañó en el mar con tal de estar cerca de ella y seguirla chuleando. El esposo de mi prima que es muy vacilador, los encandilaba a los dos. A ella con señas le decía que le hiciera caso al tío, que tenía dinero y ella se apretó la nariz con dos dedos, y en su lenguaje le dijo que no porque “peshta, peshta”.

Jamás hizo caso a su hermana, siempre dijo mal muchas palabras, o mejor dicho, hablaba el español inculto antiguo, como: Julia, fíjate que cuando iba a comprar las “medecinas”, un “policía” me dijo que no pasara por esa calle, pues habían “balaciado” a un cristiano.

—Ya te dije que no se dice “medecina ni polecía”, ya ves que no aprendiste nada, porque en lugar de entrar a la escuela te ibas a fumar puros con tus amigos, debajo de los papayos.

—¡Ay Julia como inventas cosas! ¿Cuánta sombra puede haber debajo de un papayo?

3

Cinzontle